

PJK 8

“Bajo la Protección de María queremos aprender a autoeducarnos como personalidades libres, firmes y apostólicas” Acta de Prefundación 27-10-1912

Desde pequeño, el P. Kentenich debió sufrir en su propia persona el desarraigo típico de nuestro tiempo, debido a una difícil situación familiar. Pasó por duras pruebas espirituales durante todo el período de sus estudios. Sin embargo, también pudo experimentar en la acción educadora de María, a quien se había confiado, el camino de solución y arraigo en el mundo natural y sobrenatural.

Poco a poco se fue delineando en su corazón el anhelo por la creación de un hombre nuevo y una nueva comunidad, capaz de enfrentar los desafíos del tiempo. En 1912, el P. Kentenich es nombrado director espiritual de los jóvenes del Seminario Menor. Ellos estaban en medio de una gran crisis con la autoridad, por el estilo pedagógico de la época tremendamente jerárquico y acentuadamente disciplinario. El PJK comienza a educarlos motivándolos a emprender la tarea de su propia transformación, en un ambiente de libertad y confianza. Lo hacía básicamente despertando la propia energía formativa de los jóvenes, entusiasmándolos por grandes y verdaderos ideales morales y cristianos. Su propia experiencia y su visión del papel de María como Madre y educadora, lo lleva a formar con ellos una Congregación Mariana como “un medio excelente para la realización de nuestros ideales juveniles y para lograr de manera más perfecta, rápida y segura, la meta de nuestra educación”: encontrar a Jesús por María.

La Primera Acta de Prefundación es la primera prédica que da el P. Kentenich a los jóvenes luego de haber recibido el cargo de Director Espiritual. En ella el P. Kentenich plantea claramente la autoeducación como el gran desafío de nuestra época, de nuestra edad y de la religión y muestra como meta la formación de personalidades libres, firmes y apostólicas.

Analícemos algunos trozos del Acta de Prefundación:

“¿Cuál ha sido nuestra relación mutua hasta el presente? La respuesta es simple: no hemos tenido nada que ver el uno con el otro. Nos hemos cruzado en el camino sin encontrarnos y sin bombardearnos con miradas críticas. Hasta ahora todo esto fue inofensivo. No les será agradable ni indiferente si les confieso que por principio traté de evitar todo contacto estrecho con ustedes. Cuando el año pasado llegué a Ehrenbreitstein, el padre Rector me pidió que atendiese las confesiones de ustedes, si así lo solicitaban. Pero me defendí con pies y manos, consiguiendo, finalmente, que me dejaran en paz. ¿Qué motivos tuve para esto? No quería ocuparme en nada de ustedes para poder dedicar todo mi tiempo libre y mis fuerzas, a los laicos, especialmente a la conversión de los viejos y empedernidos pecadores. Quería dar caza a los llamados “corderos pascuales” (Los más alejados de la Iglesia) y mi mayor alegría de sacerdote la sentía cuando venía uno de ellos agobiado con el peso de una vieja carga, que se había juntado al correr de los años, de modo que el confesionario llegaba a crujir.

Ahora pueden comprender, en parte, mi actitud: me mantenía a la distancia, no por desprecio, no porque me fueran desconocidas las más nobles y delicadas emociones y necesidades del alma juvenil, ni por participar de la opinión que entre estudiantes no suceden profundas conmociones espirituales. No, si alguien me hubiera dicho “éste o aquél están muy necesitados interiormente”, gustoso me habría preocupado de él. Pero algo así normalmente no se dice. Por eso corté por lo sano y no me preocupé en absoluto de ustedes.

Y ahora me han nombrado Director Espiritual sin que haya hecho absolutamente nada para ello. En consecuencia debe ser voluntad de Dios. Por eso, acojo esta voluntad, firmemente decidido a cumplir del modo más perfecto, mis deberes para con todos y cada uno de ustedes.

Me pongo, por lo tanto, enteramente a su disposición, con todo lo que soy y tengo; con mi saber y mi ignorancia, con mi poder y mi impotencia, pero por sobre todo, les pertenece mi corazón.

Espero que nos entendamos bien. Espero que haremos todo lo posible por alcanzar, del modo más perfecto, el fin común que nos hemos propuesto.”

Para comprender el sentido de la autoformación, el Padre Kentenich muestra la realidad del hombre actual. Señala el impresionante contraste entre el avance de la técnica y la civilización moderna, la conquista del “macrocosmos” y la alarmante pérdida de la riqueza interior del hombre:

“No se necesita un conocimiento extraordinario del mundo y de los hombres para darse cuenta que nuestro tiempo, con todo su progreso y sus múltiples experimentos, no consigue liberar al hombre de su vacío interior. Esto se debe a que toda la atención y toda la actividad tiene exclusivamente por objeto el macrocosmos, el gran mundo en torno a nosotros... Pero, a pesar de esto, hay un mundo siempre nuevo, el microcosmos, el mundo en pequeño, nuestro propio mundo interior, que permanece desconocido y olvidado. No hay métodos, o al menos, no hay métodos nuevos capaces de verter rayos de luz sobre el alma humana... Por eso, la alarmante pobreza y vacío interior de nuestro tiempo”.

El Padre Kentenich señala luego un doble aspecto de este problema. Muestra que no atañe sólo a los pueblos subdesarrollados que reciben todo el impacto de la civilización moderna y de la técnica, sin que se procure, simultáneamente, el avance cultural, moral y espiritual del pueblo. No, también atañe, y en mayor medida aún, a los pueblos desarrollados. Se pregunta:

“¿Están los pueblos cultos y civilizados suficientemente preparados y maduros para hacer buen uso de los enormes progresos materiales de nuestro tiempo? ¿O no es más acertado afirmar que nuestro tiempo se ha hecho esclavo de sus propias conquistas? Sí, así es. El dominio que tenemos de los poderes y de las fuerzas de la naturaleza no han marchado a la par con el dominio de lo instintivo y animal que hay en el corazón del hombre. Esta tremenda discrepancia, esta inmensa grieta, se hace cada vez más grande y profunda. Así tenemos ante nosotros el fantasma de la cuestión social y de la ruina social, si es que no aplicamos enérgicamente todas nuestras fuerzas para producir muy pronto un cambio. En lugar de dominar nuestras conquistas nos hacemos sus esclavos. También nos convertimos en esclavos de nuestras propias pasiones... En adelante no podemos permitir que nuestra ciencia nos esclavice, sino que debemos tener dominio

de ella. Que jamás nos acontezca saber varias lenguas extranjeras, como lo exige el programa escolar, y que seamos absolutamente ignorantes en el conocimiento y comprensión del lenguaje de nuestro propio corazón...

El grado de nuestro avance en la ciencia debe corresponder al grado de nuestra profundización interior, de nuestro crecimiento espiritual

¡Es preciso decidirse! ¡O adelante o atrás! ¿Hacia dónde entonces? ¡Hacia atrás!
¿Tenemos entonces que retroceder a la Edad Media, sacar las líneas férreas, cortar los cables telegráficos, devolver la electricidad a las nubes, el carbón a la tierra, cerrar las Universidades?! No ¡nunca! ¡No queremos, no debemos ni podemos hacer eso!

Por lo tanto ¡adelante! Sí, avancemos en el conocimiento y en la conquista de nuestro mundo interior por medio de una metódica autoeducación. Cuanto más progreso exterior, tanto mayor profundización interior. Este es el llamado, ésta es la consigna que se da en todas partes, no sólo en el campo católico, sino también en el contrario”.

Con esto queda planteado el problema: ¿No somos también nosotros víctimas de la tragedia del hombre moderno? El Padre Kentenich pronunció estas palabras el 27 de octubre de 1912. Han pasado decenios desde aquel entonces y, sin embargo, no podemos decir que el problema haya perdido actualidad. Al contrario, cada día ha cobrado más importancia y mayores dimensiones. Es interesante constatar, por ejemplo, como M. Quoist en su conocido libro **Triunfo** decenios después llama la atención sobre la misma problemática casi son idénticas palabras a las usadas por el Padre el año 1912. Dice, entre otras cosas, después de señalar los problemas típico de los pueblos subdesarrollados:

“Actualmente, otro mal, de mayor gravedad, si cabe, puesto que es más profundo, invade a la humanidad, comenzando –terribles vicisitudes de las cosas- por los pueblos más adelantados y por los hombres más “civilizados”. Trátase de una desintegración interior, de una putrefacción del mismo hombre... Gracias a sus extraordinarios logros, el mundo moderno es prodigiosamente bello y grande. El hombre, orgulloso de sus conquistas y de su poder sobre la materia y sobre la vida, parece como dominarlo cada día más. Pero a medida que con la ciencia y la técnica domina el universo, pierde el hombre el dominio de su universo íntimo. Penetra en el misterio de los mundos, en el de los infinitamente pequeños y en el de los infinitamente grandes, y se pierde en su propio misterio. Quiere regir el universo y no sabe regir su propio universo. Domina la materia, pero cuando debería –libre de su tiranía- vivir más del espíritu, la materia perfeccionada se vuelve contra él, le esclaviza y el espíritu muere.

Si el hombre “pierde el espíritu”, lo pierde todo. Desaparece el hombre, puesto que el espíritu es lo más importante” (p. 7 ss).

Se podría citar muchos otros autores contemporáneos que comparten el mismo diagnóstico del Padre. Él, visionariamente, detectó el problema y lo señaló claramente. Pero no se quedó allí, sacó las consecuencias: se puso con todas sus fuerzas manos a la obra, puso en movimiento una gran cruzada de conquista de un nuevo tipo de hombre y señaló un método práctico al alcance de todos: la conquista del hombre nuevo por medio de la autoformación, bajo la protección de María.

Pauta para la reunión

Esquema de toda reunión:

Oración.

Ver cómo estuvo la semana y revisión del propósito anterior.

Tema: 15' a 20'.

Preguntas e intercambio.

Propósito.

Oración final, Cantos.

Preguntas Sugeridas:

-¿Le doy importancia a la educación de mi mundo interior?

-¿Me dejo momentos para reflexionar sobre mi vida, para rezar, ver hacia dónde voy?

Textos y Citas tomadas de:

“La Historia del PJK”. P. H. Alessandri. Ed. Patris.

“ Hemos Conocido un Padre”. M. Nailis. Ed Schönstatt